



CAPÍTULO XXXIX,

*que trata de la llegada de la armada á Sevilla, y  
en ella el liçençiado Muñoz, y el marqués de  
Falçes, y los presos, y lo que más suçedió;  
y de cómo tomaron el puerto los  
yngleses y la isla de San  
Juan de Lua.*

**L**EGADOS que llegaron los navíos, en que yban los presos y Muñoz, á Sevilla, en salvamento, luego puso á recado el juez los que llevaba á su cargo, que eran los condenados, y dió aviso á su magestad y al Consejo de su llegada. Yba en ellos Baltasar de Aguilar, el qual en el navío abia hablado muncho en favor del marqués del Valle, y dicho que no tenia culpa, y quél lo abia de dizir así al rey y á su Consejo, porque no padeçiese el pobre caballero sin culpa, y que lo que últimamente abia depuesto, en el tormento que los juezes le dieron, fué por

miedo de los tormentos, que fueron muy graves; mas quél hablaria: y destas cosas diz que dizia munchas. Llegadas las naos á Sanlúcar, luego supo el duque de Medina lo que hablaba Baltasar de Aguilar, y como deudo del marqués, y aunque no lo fuera sino tan cristianísimo como es, procuró verle y saber dél lo que le abian dicho. Hízole mucha merçed, y túvole en su casa, y avióle para la córte dándole cartas de favor, que por ellas no proçedieron contra él como con los demás; y en lugar de dizir lo que abia prometido se retificó contra el marqués. Con estas variedades anduvo, que si fuera constante y siempre sustentara lo que una vez abia dicho, no ay duda sino que se le hiziera mucha merçed, por ser, como fué, el primer descubridor, y así, por variar, paró en lo que despues se vió; aunque le alçaron el destierro de la córte y de las galeras, y por sus dias le mandó dar su magestad quinientos ducados de renta de los pueblos que le abian quitado. Uno de los que más daño hizieron al marqués del Valle y al de Falçes, fué el que dizimos. Nuestro Señor los perdone, que allá están todos.

DEAN DE MEXICO.—Llegados los presos y el proçeso se prosiguió en la causa, y por los yndiçios y culpa que se le halló al dean de Mexico questaba en Madrid, que abia sido remitido á España, se le dieron grandísimos tormentos, siendo saçerdote y caballero, y no confeso; quedó privado de su dinidad, y áun manco de lo que pasó en el tormento. Sentençiaron al marqués al serviçio con çiertas lanças en Orán, y destierro perpétuo de todas las Yndias, y muchos



millares de ducados, y privado de la juridiçion de su estado, que fué una cosa esta harto grave y en menoscabo de su renta, como a parecido despues que su magestad le pone justiçias en todo él. Costóle al pobre caballero su onrra y muncha suma de ducados, y salir de la mejor tierra que calienta el sol, donde fuera más que querido, si pudiera ser, y señor de muncha moneda. Trocóse la ventura en mal y esta ✠ le persiguió con grande estremo.

Despues de salido de Mexico el liçençiado Muñoz, empeçó á gobernar la audiencia; y ya no se hazian más dilijençias en lo del rebelion, porque abian dejado la tierra los juezes bien castigada y no se les abia quedado cosa por hazer (39).

LA LLEGADA DE LOS NAVÍOS YNGLESES.—A cabo de algunos meses, gobernando, como emos dicho, los oydores, llegó nueva á Mexico de como abian llegado siete navíos de armada de yngleses al puerto de Sant Juan de Lua, ques el de la Veracruz, donde se embarcan y desembarcan todos los navíos que vienen y van á España: la llave de todo aquel Nuevo Mundo, donde tiene su magestad un fuerte muy siguro, y muncha artillería. Llegados estos navíos, tomaron el fuerte y la artillería y prendieron á los ofiçiales de su magestad de tesorero y fator, los quales están de ordinario en la Veracruz y allí asisten en negoçios de su magestad y hacienda, y tomado el fuerte, sacaron la artillería y fortificáronse sin tener la menor contradición del mundo, ni resistencia, sino como si llegaran á sus casas.

EL JENERAL JUAN AQUIENS, YNGLÉS.—Venía por je-

neral desta armada un caballero ynglés que se llamaba Juan Aquiens, muy gran soldado y marinero, y en su proçeder muy hidalgo. Él venía de correr toda la costa de las Yndias, de donde traya muncha riqueza de oro y plata y perlas, y negros esclavos, y muncha lençería y cosas de mercançia; y dizia abia venido contratando por todos los lugares del rey don Felipe, en la costa, y traya testimonios dello, dados de los gobernadores donde llegaba: esto se dijo traya. La armada venía riquísimamente artillada y muchos soldados y armas: traya los navíos maltratados, que abia muchos días que navegaba y abia salido de su tierra, y no tenía ahua ni bastimentos, y con esta falta se determinó tomar el puerto y aventurarse para rehazerse de lo que abia menester, como era de carne y de ahua y adereçar sus navíos, y para poder hazer esto con siguridad, se previno de poner la artillería suya y de la tierra en su huarda.

DE LA MANERA QUEL YNGLÉS TOMÓ EL FUERTE.—Entró, y tomó el puerto desta suerte: los de la isla estaban muy descuydados ahuardando por oras la armada nuestra, y es costumbre estar en el puerto los ofiçiales del rey y muncha jente con refresco, y así estaban en esta coyuntura. El ynglés, que debía ser muy astuto y traya consigo pilotos españoles que sabian muy bien todo aquel viaje, hizo muestra de ser la armada española, y traya las mismas ynsinas, y no topaba navichuelo, ni barco en aquella costa que no le tomaba, porque no llevasen la nueva.

AGUSTIN DE VILLANUEVA ÇERVANTES.—Viniendo un



caballero de Mexico que abia ydo en la flota en que yban los juezes, el liçenciado Muñoz y Carrillo, hasta la Habana, donde se quedó muy enfermo y no pudo pasar adelante, el qual se llamaba Agustin de Villanueva Çervantes, que era este caballero el que abia sosacado y entendido del marqués del Valle en lo del rebelion lo que emos dicho atrás, en el cap. 32, el qual yba á que su magestad le hiziese merçed por lo que le abia servido, y con tanto riesgo de su vida en el negoçio del marqués, y por los serviçios de su padre y ahuelo, en la conquista y paçificaçion de la Nueva España, porque fueron de los primeros (Alonso de Villanueva Tordesillas fué su padre, y su ahuelo Leonel de Çervantes, caballero del ábito del señor Santiago); y como no pudiese yr á España por su poca salud, determinó volverse á Mexico. Este caballero era muy rico, de los que más tenían y muy prinçipal; compró un bajel en que se fué hasta Yucatan, que es el más seguro viaje y más breve dende la Habana, y abiendo llegado á Yucatan, se venia desde allí por la mar á la isla de San Juan de Lua, y en el camino vió los navíos de los yngleses, y creyó él y la jente que traya consigo eran de los nuestros, y arribaron á ellos; y llegado que llegó á la capitana ynglesa la desconoçieron y ya no tenían remedio, porquel jeneral les echó jente en el navichuelo y mandó pasar á Agustin de Villanueva en su navío, del qual se ynformó de muchas cosas, y le traya consigo, y haziale muncha onrra, porque supo quién era.

PRISION DE HERNANDO DELGADILLO.—LO QUEL JENE-

RAL AQUIENS DIJO Á LOS PRESOS.—Al reconoçer el puerto, questaban ya á vista dél, los quesperaban la flota y vieron esta, se çertificaron çierto ser la de España, y así luego se metieron en un barco los ofiçiales del rey y el capitan de la isla, que era un caballero que se dizia Hernando Delgadillo, y fueron á reçibir el armada con mucho regozijo y refresco: llegados çerca la desconoçieron, y tambien los tomaron y metieron en la capitana, y ellos quedaron confusísimos y aún muy medrosos, quentendieron que por lo ménos abian de yr á Ynglaterra. El jeneral los trataba muy bien, y les dijo:—Yo soy muy servidor y vasallo del rey don Felipe, y no vengo á deserville, ni jamás lo e hecho, sino que a muchos dias que navego y traygo muy mal tratados mis navíos y acabados los bastimentos: querria que á trueco de mi dinero se me diesen. Yo traygo muchos jéneros de mercadería, las quales son éstas. Y mostróles memoria de todas las que traya, y díjoles que si no les contentaban aquéllas, que en oro y plata se las pagaria. Los ofiçiales le respondieron, aquellos en aquel particular no podian concluyr cosa porque tenían superiores, con los quales se comunicaria, y que creyan dellos le darian lo que ubiese menester. Con esto se los llevó hasta entrar en el puerto y tomalle, y ponerse en la órden que e dicho, y despues de hecho dió liçençia á los ofiçiales y al capitan para que enviasen el aviso á la audiençia, y ellos se fueron á la Veracruz y despacharon á Mexico con lo acaçido y relaçion de todo.



LO QUE LOS OYDORES DETERMINARON. — Llegada que llegó, luego se alteró la tierra y se puso en arma para yr contra los yngleses, y con la mayor brevedad salian de la çiu- dad muncha jente y tanta, que ya no dejaban yr la que se ofreçia por no dejar sola la çiu- dad. Enviaron la memoria de lo que pedian los yngleses, y cómo abia de ser la paga y en qué, y el ofreçimiento que hizo al serviçio de su mages- tad y desculpa de aber tomado el puerto, que abia sido por su siguridad. Visto todo por los oydores, entraron en acuer- do y determinaron dalles la carne y ahua que pedian, y condiçion que hombre dellos no entrase ni llegase á la Vera- cruz, ni saliesen de la isla, y que allí les llevarian todo lo que ubiesen menester, y que diesen memoria de la carne y de lo que más quisiesen. Andando en estos conçiertos, la jente se prevenia para que no quisiesen hazer algun engaño y estar á punto, y en esta coyuntura, que los yngleses abian empe- çado á dar lado á los navíos, y que açeptaban lo que les pe- dian, ven velas en la mar, munchas y muestra de armada, y luego se aperçibieron, y la artillería suya y de la tierra, y como se venian llegando al puerto los yban conoçiendo ser de España. Esto hizo á los yngleses tener temor, y se reca- taron y determinaron de no los dejar tomar puerto, y asestaron toda la artillería á la boca por donde abian dentrar; y luego, como se descubrian más los navíos, se determinaron en que era la flota que la tierra esperaba.



## CAPITULO XXXX,

*que trata de cómo conoçieron los yngleses la flota y armada de España, en la qual venia don Martin Enrriquez por virrey de la Nueva España, y cómo no los dejaron tomar puerto, y las cosas que pasaron los unos y los otros; y el rompi- miento que ubo y desbarate de los yngle- ses, y cómo salió huyendo el jeneral Juan Quiens con la capitana y en ella el tesoro que llevaba, y la más prinçipal de su jente; y cómo les tomaron los navíos y artille- ria, y el despojo que les hizieron de negros que trayan.*



EL MIEDO QUEL VIRREY TUVO QUANDO VIÓ EL PUERTO TOMADO. — Llegada nuestra flota çerca del puerto, que era la que se abia mostrado, reconoçió como estaba tomado y munchas naos surtas, y con todo qui- sieron entrar, no atinando lo que podia ser; mas defendióse